

**NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA**



Año III
Número 137

25 cts.

Protagonistas
Bessie Love
Harold Goodwin

Reinécita de provincia

Novela Popular
Cinematográfica

CENTILE JULIA 1923

Reinécita de provincia

Argumento, en forma de novela, de la magnífica película del mismo título. Superproducción de la famosa casa "Fox". Concesionario para España y Portugal, "Hispano Foxfilm", Valencia, 280

PROTAGONISTAS:

Bessie Love y Harold Goodwin



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925

PRIMERA PARTE

En la pequeña ciudad provinciana, quíeta y silenciosa, Julia Alwater ejercía muy benéfica influencia en la comunidad de los jóvenes que cultivaban su amistad, que eran todos los que la conocían, pues todos se sentían atraídos por su belleza, por su gracia, por su ingenuidad y también, debe decirse, por su picaresca coquetería.

Por causa de ella, digámoslo como ejemplo, numerosos jóvenes iban a la iglesia, que no es poco decir en estos tiempos. Y si bien es verdad que iban especialmente por verla, el caso es que iban.

Y ella, al salir, repartía sonrisas, miradas, crases atentas, toda la gracia que emanaba de su simpática fuerza encantadora.

Eulalio Sanders, uno de sus pretendientes, era un joven pálido y demacrado que escribía versos y que los repartía gratis, porque no había quien quisiera comprárselos para publicarlos. A decir verdad, no merecían el honor de la letra de molde. Además, todos ellos, directa o indirectamente, estaban dedicados a Julia, lo que era otro inconveniente para su publicación.

Un día que siguió largo rato a Julia, sin poderle ver la cara, escribió:

Aunque no puedas ver
tu cara,
me parece roto-bien
tu espalda.

Otro de los que empezaron a seguir a Julia fue Noble Dill. Durante mucho tiempo, este joven había considerado a Julia como una simple sin seso. Hasta que, de repente, descubrió que no podía vivir sin ella. Y este descubrimiento le inquietó grandemente, tanto más cuanto sabía que todos los jóvenes del pueblo andaban alrededor de Julia. Pero el reflexionar sobre todo esto no dio otro resultado que otro nuevo descubrimiento. O sea: el de que si no podía vivir sin Julia era porque se había enamorado de ella, pero de un modo fervoroso, hondo y firme.

El padre de Julia era banquero, pero le costaba más trabajo vigilar a su hija que administrar el Banco. Tan a pecho había tomado su deber de padre en lo que respecta a lo relacionado con el niño que pudiera escoger su hija.

Varios tíos y tías, hermanos y hermanas, una sobrina e incontables vecinos, estaban ayudando al buen señor a educar a Julia. Pero ésta, sin embargo, seguía haciendo en toda ocasión lo que le dictaba su voluntad. Ciertamente, era una reina provinciana. Y como era pequeña, saltarina, juguetona, la palabra reina, por su mucha majestad, no le cuadraba. Era, justamente, una reinocita, jubilosa y gozosa, encanto de cuantos a ella se acercaban.

Florencia, la sobrina, que era todavía una niña, tenía ya, naturalmente, un ideal, y este ideal era nada menos que Noble, el enamorado de Julia. Heriberto, el sobrino, era travieso, listo, vivaz, inteligente. Mas que saber las cosas, las adivinaba.

Los padres de Florencia vivían en un terror constante, no por lo que pudiera suceder a la niña, si-

no por lo que les solía ocurrir a las víctimas de ésta, que eran todos los muchachos que se acercaban a ella, pues como ya tenía su ideal, no admitía de nadie ni bromas ni indirectas, ni palabras de velada galantería.

—En vez de sesos—le dijo un día su madre—tienes pájaros en la cabeza.

—¡Ahí está!—dijo su padre en otra ocasión—a que hay pájaros en el campanario!—refiriéndose a la cabeza de la muchacha.

Pero ella, que estaba segura de que no había tales pájaros, no tomaba muy en serio las palabras de sus padres. Y pensaba siempre en su ideal, con cierto arrebato verdaderamente cariñoso.

Este cariño la hizo ser más lista aun de lo que era, y ya lo era de un modo impropio de su edad. Que hasta tal punto afinó el pensamiento una honra y una preocupación. Así, un día que sus padres comentaban lo que sucedía en torno de Julia, dijo:

—¿Por qué será que Julia está perpetuamente rodeada de hombres que le hacen la corte?

Florencia dijo:

—Porque tiene la facultad de hacer creer a cada uno que él es el preferido.

Y los padres, admirados de la penetración de aquella niña, no aceptaron a decir nada más.

Julia, en efecto, triunfaba. Todos los que se cruzaban con ella en la calle le decían algo grato y halagador. Especialmente los que aspiraban a ser sus novios. Hasta Noble, que era poco hablador, le dijo un día:

—¡Ah, adorable Julia! ¡Estás radiante como el sol matutino!

Y como ella no se dignara ni siquiera mirarle, se quedó triste y pálido junto a una pared. Y un su-

amigo que pasaba, viéndole en aquella actitud, le preguntó:

—¿Qué te pasa, Noble? ¿Te ha dado Julia algún disgusto?

Sin contestar, Noble se dejó meditando y colorido.

Llegó un domingo, de mañana clara y suave. Sanders envió a Julia unos versos, en un sobre cerrado. Decía el sobre:

A Julia, la Mariposa Dorada... mi inspiración.

Decían los versos que iban dentro del sobre:

Me JULIA

Julia, ojos de tueno.

Dame: ¿será tuyo?

Julia, ojos como el día.

Dame: ¿serás mía?

Florencia, que siempre estaba cerca de Julia, viendo a dos de los pretendientes de ésta, se fue llevó a pasear, para distraerse. Aquellos dos hombres, como rivales, no se hablaban. Todo el mundo lo sabía. Hasta los niños. Heriberto, acercándose a Florencia le dijo:

—¿Por qué sales a la calle con el señor Sanders y con el señor Ridgely? Bien sabes que no se hablan.

—Salgo con ellos por distraerme. Pero yo hubiera querido salir con Noble Dill. ¡Es mi ideal! ¡Y si pudiera, mañana mismo me casaría con él!

—No olvides, Florencia, que no tienes más que doce años.

—Por eso he dicho que así pudiera.

En esto llegó, con sus dos acompañantes, a la

puerta de Julia, que estaba hablando con Noble y que dijo al ver a los que llegaban:

—¡Ahí viene el poctastro ese!

Y el poctastro, llegando hasta muy cerca de ella exclamó:

—¡Ah, Julia adorable, botón de rosa húmedo de rocío!

Y como le viera un papel en las manos, creyendo que eran sus versos, añadió:

—¡Está leyendo mis versos! ¡Qué dicha!

Se acordó, rápidamente, celebrar una excursión, con contento de todos. Heriberto no quiso ir. Preferió quedarse en el jardín. Tenía una ambición suprema: encontrar una araña negra con un ojo amarillo. Hay personas mayores que tienen manías parecidas. Noble se propuso aprovechar la ocasión para hablar en serio a Julia. Florencia estaba llena de júbilo de pasar tanto tiempo cerca de su ideal.

SEGUNDA PARTE

Noble no aprovechó la ocasión. Como verdadero enamorado, era tímido por modo excesivo. Mas bien, al contrario, dijo menos palabras aquel día a Julia que en otras ocasiones. Y hubiera querido hablar con ella más que nunca y decirle como era de fervoroso su amor, y cuán apasionados y crecidos eran sus sentimientos respecto a ella. Se contentó con mirarla con miradas que eran como poemas. Tanto amor había en ellos.

Al volver, con su natural coquetería, Julia le dijo:

—Quiero que vengas a la fiesta que ofreceré el viernes por la noche... A ti es al primero que invito.

Noble quiso alegrarse de lo que oía. Pero no pudo. Imaginó que Julia los invitaría a todos con aquellas mismas palabras, y esto evitó que sintiera satisfacción. Ciertamente, no se equivocaba. Al día siguiente, en efecto, llegó de Chicago un señor llamado Cram, que iba a la pequeña ciudad a pasar unos días, y como le fuera presentado a Julia, ésta le dijo:

—Celebraré muchísimo que venga usted a la fiesta que estoy organizando para el viernes por la noche... A usted es al primero que invito.

Afortunadamente para él, Noble no oyó estas pa-

REINECITA DE PROVINCIA

labras. Aunque sospechara que Julia habría de decirles, el escucharlas habría sido para él un dolor sin medida.

El forastero se contentó con decir al padre de Julia, que estaba presente cuando la joven le invitó:



—Tiene usted una hija encantadora, señor Alwater.

Y a Julia le pareció ésta la mejor galantería que se le había dirigido en toda la vida.

Florencia y Heriberto, a quienes no les gustaba nada aquel forastero, se alejaron. Y el chico, llevando a la niña a la habitación en que guardaba, meriendos en frascos de cristal, todos los pequeños animales vivos que iba cazando, entre los que había numerosas abejas y avispas, le dijo:

—Ven, entra aquí conmigo y ayúdame... Es pro-

ciso que trabajes alguna vez, de cuando en cuando.

— ¡Qué asco, tanto bicho! — dijo la niña con un gesto encantador de muñecita.

— Es que las mujeres sois muy esustadizas — comentó, formal, el muchacho.

— Se me ocurre una idea — dijo de súbito Florencia. — ¿Por qué no vendes todos esos animales a los que salen a pescar... para cebo?

— ¿No te das cuenta — repuso él — que ésta es la colección más completa de animales raros que hay en la población?

— ¿Y qué? Tal vez te dieran por todos cinco pesos.

— Es verdad. Pues mira: como me los den, te doy la mitad.

— ¿De veras?

Así hablando, habían llegado, con los frascos, a la habitación del jardín en la que Julia solía charlar con las visitas. Como de pronto oyeron que llamaban a la puerta y no querían que nadie supiera que guardaban aquello, Florencia ordenó a Heriberto:

— Pon los frascos debajo del sofá. Despista, no hay tiempo que perder. Después los recogeremos.

Y esto hecho, Heriberto se marchó y Florencia fué hacia la casa para ir a abrir la puerta, pues ella misma se encontraba, todas las noches, encargada de recibir a los que iban a visitar a Julia, aunque sólo uno de los galanes le interesaba para sí particularmente, y no hay que decir que éste era Noble. Precisamente Noble era el que llamaba y, al abrir la puerta, le preguntó:

— ¿Está en casa tu tía Julia?

— Sí, voy a avisarle su llegada.

Fué en efecto a donde estaba la jorona, que había con su padre, y dijo con tono campanudo:

— Pregúntale por ti un caballero muy distinguido.

— ¡Es Noble Bill! — exclamó el banquero. — Lo re-

conozco por la peste de los infames cigarrillos que fuma.

— ¡Ah! — dijo Julia. — Creí que sería el señor Cram...

— Pues no — aclaró Florencia. — Es el señor Noble, el más elegante de todos los hombres que vienen a esta casa...

Julia fué a su salón particular de recibir visitas, donde Noble esperaba. Al ver entrar a su amada, Noble se puso en pie y dijo con voz quebrada por la emoción:

— Te traigo malas noticias, amada mía, y perdóname que te llame así, que ello expresa cabalmente cuáles son mis sentimientos.

— ¿De qué se trata? — preguntó Julia indiferentemente, como si la palabra amada no hubiese sido oída por ella.

— Mañana parto para los trópicos — afirmó Noble.

Al oír esto, Julia sintió en lo más hondo de su corazón una fuerte sacudida. La idea de que Bill pudiese alejarse de ella le pareció insostenible. Abandonando su actitud de indiferencia, se sentó junto a él y le dijo, con tono íntimo y amable:

— ¡Por Dios, no expongas de nuevo tu vida!

— Es preciso — repuso él con firmeza. — La patria lo exige.

— Pero, ¿cual es el amor no significa nada para ti, Noble?

— Lo significa todo y por esto me voy. Volveré, si los guerrilleros no me rosen a puñaladas... en busca de ese amor de que hablas, y al que ahora no me atrevo a pedirle ni una mirada.

— ¿Si no te cosen a puñaladas?... Luego, ¿es que hay peligro? No te marcharás entonces. Yo te exijo que te quedes. ¡Noble! Si me abandonas, moriré...

— La vida reserva peligros para todos, y no sólo en los trópicos. No hay mayor peligro para mí que

el no verte, pues entonces estoy expuesto a que me ocurra cualquier desgracia, de distraído que voy por la calle.

— ¡No te irás! Podrás verme siempre que quieras. ¡Yo te recibiré a todas las horas del día! ¿Qué sería de mí si tú te alejaras? No quiero ni pensarlo.

Todo lo que Noble acababa de decir de su marcha era una especie de comedia que se había inventado para saber si Julia le amaba sin preguntárselo. Empezaba a estar satisfecho del resultado de su plan, pues veía que Julia era sincera en cuanto decía. Pero luego pensó que lo mismo sería sincera hablando con otro, pues lo cierto era que su corazón aún no había sido herido de un modo certero por las flechas del amor, y esto le amargó todo su contento de momentos antes.

Para distraerse de esta amargura, quiso fumar. Luego habló de sacar el sofá al jardín, donde se podía ver mejor la poética luna. Pero al mover éste echó a rodar uno de los frascos de Heriberto. Lo cogió para ver lo que había dentro. Lo destapó. Salieron, rabiosas, las avispas y comenzaron a picarle a ambos. Florencia, desde su escondite, reía. Y también Heriberto, que no estaba lejos. Avergonzado, huyó Noble. Y así acabó aquella entrevista empezada tan propiamente.

TERCERA PARTE

Al día siguiente, Sanders reunió ante la puerta de la casa de Julia a todos sus amigos, a los que hubo de convidar a fumar, para leerles su último poema.

Se sentaron en la escalinata en silencio. Como Sanders no era rico, su tabaco no era muy bueno. Despedía un olor poco agradable. Pero ni él ni sus amigos lo advertían. Al contrario, como no siempre podían fumar, olor y sabor les parecían exquisitos.

— Mi poema último, me voy a leerlo — dijo Sanders con voz engolada — se titula *Oda a una ceja*.

Por todo comentario, sus amigos sonrieron. Pero él no vió aquella sonrisa, que tenía mucho de burlona y empezó la lectura. Declamó:

Julia de mi corazón,
te adoro con gran pasión.
Julia, tus hermosas cejas
tan brillantes, tan parejas...

No pudo continuar. Indignado, apareció el banquero, abriendo con furia la puerta, y gritó:

— ¡No quiero que vengan ustedes a fumar esas porquerías a la puerta de mi casa...

Se dispersó, por lo pronto, la reunión. Desde respetable distancia, el poeta dijo al banquero:

—Pero si estos cigarrillos son de los que a usted le gustan...

—¿A mí? ¿Gastarme a mí esos cigarrillos? ¿Qué disparate! ¿Quién le ha dicho a usted eso? ¡Desteto esos cigarrillos! ¿Sepanlo ustedes, los detesto! ¡Y a los que los fuman también!

—Me lo ha dicho, que le gustan, la adorable criatura que siempre está con su hija Julia: Florencia.

—Pues se ha buñado de usted, joven...

En efecto, había sido Florencia la que había engañado al poeta. Como no le era nada simpático, procuraba en toda ocasión ponerlo en evidencia ante las personas que rodeaban a Julia. No quería, no, aquella niña, que su tía pudiera ser la mujer de un hombre que a ella le gustaba tan poco.

A llegó la noche del baile, que, para una provincia era una cosa extraordinaria. Julia estaba radiante de belleza, atendiendo a todo el mundo, charlando con todos sus pretendientes, diciéndoles a todos palabras de esperanza. Noble no pudo hablar con ella ni una palabra a solas. Tantos eran los jóvenes que la rodeaban. Sólo un momento le atendió para prometerle un baile. Pero como en el instante que hablaba con él, llegara aquel señor Cram y le dijera:

—Señorita Alwater, está usted tan linda, que dan ganas de casarla.

Julia se volvió hacia él como si Noble no existiera.

El joven, entonces, con el alma dolorida, se retiró en silencio.

A poco, Julia se dio cuenta del mal que había hecho a Noble y se acercó a él, amable, y le dijo, en tono de disculpa:

—El señor Cram ha aplazado su regreso a Chicago sólo para poder asistir a esta fiesta.

Y Cram, que seguía a la joven, comentó estas pa-

labras diciendo, de modo que no sólo Julia, sino también Noble le oyeran:

—Ningún asunto me parecería suficientemente importante para quitarme el placer de estar a su lado, señorita.

—Reconocida, caballero, a su excesiva galantería.

—De ningún modo excesiva, Julia, se lo juro. Y mi placer mayor sería verla a usted de nuevo, a poder ser en Chicago, donde sin duda se divertiría usted más que aquí.

—Yo también celebraría saludarle a usted allí, pues eso sería prueba de que yo estaba en la gran ciudad, a la que tengo grandes deseos de visitar.

—Ya sabe usted que no se encontraría allí sola, Julia.

—¡Oh, no, lo sepango! Tengo allí, además, una hermosísima amiga, que siempre me está escribiendo que vaya a hacerle una visita.

—Pues decídase usted a ir ahora.

Bailaron juntos un vals, charlando entretanto con gran animación. Y al terminar, que era cuando a Noble le tocaba bailar con Julia, ésta, olvidada de ello, aceptó una invitación de Cram para ir al jardín expresada de este modo:

—¿Quiere usted, Julia, que vayamos al jardín a tomar el fresco y hablar de su proyecto de viaje a Chicago?

Salió Julia con él, gozosa. La requecita de provincia se olvidaba de sus hábitos habituales para correr tras del que también era un súbdito, que tenía el encanto de ser extranjero en la pequeña y quieta ciudad.

Entretanto, el poeta, queriendo congraciarse con el hacquero, y poseedor ya de cigarrillos de los que verdaderamente le gustaban, se acercó a él y le dijo con entonación exclusivamente complaciente:

—¿Quiere usted un cigarrillo? Es de los que le gustan... Hoy estoy ya mejor informado.

Y sonrió con más acentuada complacencia de poder dirigir la palabra al que quería que fuese su suegro.

Noble no estaba en el salón. Antes de que Julia se hubiese marchado con Cram al jardín, él había salido, con la intención de castigar a la amada por sus coquetías con los otros.

Cuando después del vals, los músicos atacaron la mazurca que él había de bailar con Julia, exclamó gozoso:

—Me estará buscando por todas partes... Como no me encontrará, se dará cuenta de que he huido para castigarla y entonces quizá reflexione que lo que hace no está bien.

Dijo todo esto junto a una ventana, en el jardín, desde donde se veía el salón de baile. Luego, decidido a llevar su castigo hasta el fin, se internó por un paseo.

Nunca lo hubiera hecho. Descubrió, sentada al borde de un estanque, a Julia, hablando con Cram.

—¿Y yo me imaginaba que me estaría buscando! murmuró con voz ahogada por un sollozo.

CUARTA PARTE

Cuando se rehizo un poco de aquella impresión penosa miró a Julia, desde donde estaba, como despi-



diéndose de ella, y salió del jardín a escape, procurando de todos modos no ser visto, pues no quería que nadie descubriera su profunda desesperación, ni el hondo dolor que estaba padeciendo.

En el primer bar que encontró en su camino, entró, con un gesto desalentado y dijo al dueño del establecimiento:

—¿Usted tiene coñac aquí, ¿verdad?

El tabernero, temiendo que fuese un policía, negó con un movimiento de cabeza. Noble, que no se pacató de aquella negativa, agregó:

—Vea, a veces... lo vendo... en vasos... ¿no es cierto?

—No me gusta correr ese riesgo... —dijo ya decidido el dueño del bar.

Hágame el favor... —empezó a decir Noble, sin saber lo que decía —Hágame el favor...

No le dejó terminar el tabernero, exclamando:

—¡Acabe de una vez! ¿Qué es lo que quiere?... Mire que ya es hora de cerrar y no puedo perder el tiempo.

Confinado por la brusquedad con que fueron dichas estas palabras, pidió:

—Deme un vaso de... soja con helado de chocolate...

Se echó a reír el dueño del bar al oír esta petición de habros de un hombre que había preguntado por coñac y no le hizo el menor caso.

Noble salió cabizbajo y, sin saber a donde iba, volvió de nuevo, como un autómatas, a casa de su amada, que le tenía trastornado.

Entretanto, Julia seguía hablando en el jardín con Cram, el cual, disponiéndose a volver, con la joven al salón de baile, para no llamar demasiado la atención con una larga ausencia, le decía simulando gran amabilidad:

—Espero poder tener el honor, muy pronto, de agradecerle a usted en Chicago, en pago de las deliciosas horas que he pasado aquí a su lado.

—Yo también espero que nos veamos allí, en casa de mi buena amiga.

Entraron, en estos momentos, en el salón. A poco entró Noble, Julia se acercó a él, viendo que venía de fuera, lo fue sereta para tener una disculpa, pues entonces se acordó de su compromiso, y le dijo:

—Noble, te he buscado por todas partes... ¿Dónde estabas?... Te busqué y me abandonaste.

—¿De veras me has buscado? —preguntó Noble queriendo creer en aquellas palabras.

—¿Acaso lo dudas?

—Sí, lo dudo, y quisiera creerlo, porque ello sería para mí un gran consuelo.

—Pues puedes tener ese consuelo. Te he buscado. Y lo malo es que ahora ya se termina la fiesta y no podremos bailar. Pero en fin, te perdono que te hayas marchado a condición de que vengas a la próxima fiesta que organice.

Desde el día siguiente aumentó la timidez de Noble con su amor, y ni se atrevía a visitar a Julia. Pero siempre procuraba pasar por ante la puerta de la casa de su amada y se apoyaba en la verja del jardín para pensar en ella a sus anchas, en tanto que acechaba las puertas y ventanas para tener el consuelo de verla aunque fuese desde lejos.

Un día, estando allí apoyado, empezó a soñar despierto. En su sueño, tan real como si durmiera, oyó al banquero salir y decirle en voz alta:

—Noble, Noble! ¿Julia, mi hija, ha sido secuestrada? ¿Cram se la ha llevado!

—¿Por dónde se fueron? —preguntó él.

—Deben haber tomado la carretera del río.

Montó en un auto y partió. Tan aprisa puso el coche, que pronto columbió a los fugitivos. Estos llegaron a una caseta solitaria y entraron en ella. Esbirros de Cram esperaban, y se pusieron a vigilar para que éste no fuera interrumpido en el plan que se había forjado. Noble llegó, vencido a todos los esbirros, entró en la caseta y gritó a su rival:

—¿Cram, es usted un infame!

Se arrojaron el uno sobre el otro como fieras. Cram fué vencido. Pero entretanto, Julia, creyéndose perdida, había huido de la casa y, desesperada, se había lanzado al río para cruzarlo y ponerse fuera de peligro. Pero la corriente del río era allí muy rápida y Julia fué arrastrada por las aguas. Noble, una vez que hubo vencido a Cram, salió a buscar a su amada y, viendo que las aguas la arrastraban río abajo, exclamó:

—¡Si no la salvo antes de que llegue a las cataratas, morirá irremisiblemente!

Valiente, temerario, se arrojó al agua. En el mismo lugar donde las cataratas tenían principio, logró asir a la amada y llevarla a la orilla. Allí, abriendo ella los ojos y viendo quién era su salvador, se abrazó a él y gritó con pasión:

—¡Noble! ¡Héroe mío!

Noble sonrió satisfecho del peligro que había corrido.

Al llegar a este punto de su sueño, Noble fué interrumpido por la voz verdadera de Julia que, cargada de paquetes, yendo hacia el auto de su padre, que esperaba en la acera, le ordenaba:

—¡Déjate de soñar y ayúdame a llevar estos paquetes!

—Verdaderamente soñaba, Julia, y es la primera vez que has adivinado lo que me ocurre. Por desgracia, acabo de ver que nada hay más lejos de la realidad que mi sueño.

—Bueno. Ya me lo referirás otro día. Ahora, ayúdame.

—Pero, ¿a dónde vas?

—Me voy a Chicago a hacer una visita a mi amiga Margarita Williams, que siempre me está escribiendo para que vaya.

—¿Y cómo no se te ha ocurrido ir antes, sino ahora, que has conocido a otra persona de allí?

Julia no supo qué contestar, y Noble, que era noble de codicia además de serlo de nombre, añadió:

—Tú, aquí, en la pequeña ciudad, eres una reina... Allí, quizá conozcas amarguras que aquí, por fortuna para ti, no has tenido nunca...

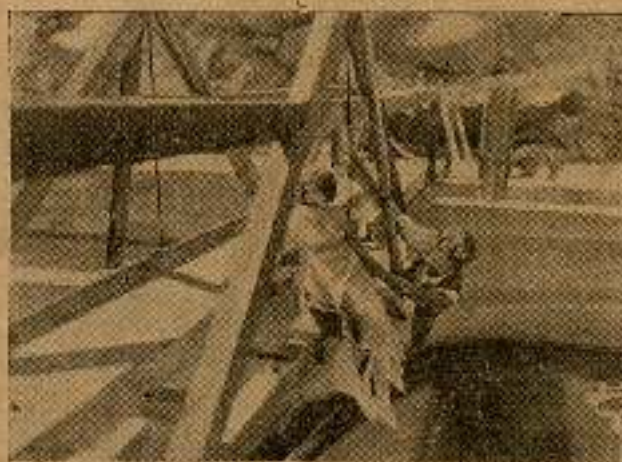
QUINTA PARTE

La partida de Julia a Chicago dejó contrastados a sus pretendientes, y a la familia entregada a la ilusión de los triunfos que indudablemente reservaba la metrópoli a la joven. Pero... como en el sueño de Nubie, nada más lejos de la realidad... La presencia de la reinécita de la pequeña población, había pasado inadvertida en la gran ciudad. Ninguna de las personas que iban a visitar a su amiga se habían fijado en ella. Bien es verdad que, al lado de aquella, Julia parecía mucho menos interesante de lo que era. Ciertamente, era más bella Julia que su amiga, pero su belleza era natural y sin artificio, y el mundo actual es tan decadente, que prefiere lo compuesto a lo real. La belleza compuesta de Margarita Williams llamaba mucho más la atención que la real de Julia. Margarita era, para sus amigos de la gran ciudad, lo que Julia para los suyos provincianos: una reina.

Un noche que Margarita iba a sus amistades una fiesta, Julia encontró en ella a Cram que, con visible disgusto —visible para todos menos para Julia— hubo de atenderla, hablar con ella, presentarla a algunas personas, referir como se habían conocido e otro sin fin de pormenores insignificantes. Pero Julia era tan inocente que se creyó muy atendida.

REINÉCITA DE PROVINCIA

por Cram y supuso que él estaba encantado de haberla visto. Bien es verdad que él, ante ella, supo representar ese papel de comedia con cierta maestría. Sus verdaderos sentimientos se reflejaron bien en un momento que Julia le dejó libre. Entonces se acercó a sus amigos y les dijo:



— ¡Deme el pésame, pues he tenido que hacer los honores toda la noche, a una provincianita con la mar de pretensiones! —

Como Julia se acordaba, no pudo seguir explicando su pesar por lo que había tenido que hacer y por lo que aún estaría obligado a realizar aquella noche.

Julia le arrastró, o poco menos, al jardín, en donde exclamó:

— ¡Ah, qué sitio tan romántico!

Por decir algo, Cram murmuró:

—Sí, se está bien aquí.

Luego Julia dijo, con plena sinceridad:

—¡Cuanto celebro haberle encontrado a usted, señor Cram!

—Yo también estoy muy contento de este encuentro. Créalo usted, Julia.

La joven no advertía el tono de indiferencia. Tanto no lo advertía, que cuando terminó la fiesta escribió a una de sus tías, precisamente a la madre de Florencia:

«No te llame la atención que, en mi próxima carta, te diga que tengo compromiso de casamiento con Rodolfo Cram. Pero te ruego que no digas a nadie ni una palabra de esto. Recuérdos a todos. Te quiere tu sobrina, Julia.»

La carta fué leída, en la pequeña ciudad, delante de Florencia, y ésta pensó en sacar partido de ella.

Comentándola con una de sus hermanas, que estaba presente, la tía de Julia que había recibido la carta dijo:

—Este Cram puede ser viudo... o divorciado... Y tal vez tenga siete u ocho hijos... Nadie puede saber nada de un hombre de la ciudad...

—Tienes razón... Pero no es eso lo peor... Lo peor es que esa noticia puede ocasionar el rechazo de uno de sus pretendientes de aquí: de Noble. ¡Pobre Noble! Es preciso que alguien se lo diga... pero con mucho cuidado...

Sin decir nada, Florencia salió de la casa. Llevaba en la mano un pequeño periódico, semejante a un juguete, en cuya cabecera se leía:

«El Oriole, Diario de noticias, Redactores propietarios: Alwater y Ruster, Número suelto, 25 cts.»

Aquel periódico lo hacían Heriberto y un amigo suyo.

Florencia se personó en la redacción, situada en unos sótanos.

—¿Qué haces tú aquí, donde estamos tan ocupados?—le preguntó Heriberto.

—Vengo a traer noticias muy interesantes para El Oriole.

Y entregó una cuartilla que decía:

Julia Alwater, prometida en matrimonio.—La señorita Julia Alwater ha escrito a su familia una carta diciendo que se había comprometido en matrimonio con el señor Cram de Chicago.

—Esa noticia no nos sirve—le dijo Heriberto.—¿Qué le importa a la gente lo que haga o deje de hacer Julia? Pero en fin, ¿qué nos das si la publicamos?

—Ni un céntimo.

—¿No traes dinero?

—Sí, pero no es para vosotros.

Los dos muchachos se lanzaron sobre Florencia y le arrebataron las monedas que llevaba.

Ella, huyendo, gritó:

—¡Groseros! ¡No volveré a publicar nada en vuestro periódico aunque me paguéis cinco trillones de millones de pesos!

Ahora—dijo Heriberto cuando Florencia se hubo alejado—habiéndonos quedado con sus monedas no hay más remedio que publicar la noticia.

Al día siguiente, pues, El Oriole apareció con aquella noticia, que causó indecible asombro entre sus numerosos lectores. El único que no sabía nada era Noble. Pero Florencia se encargó de que lo supiera. Se fué a buscarle, con un número del periódico.

co. Le encontró en el momento en que echaba una carta, precisamente para Julia, y, entregándole el diario, le dijo:

—Aquí hay una noticia muy importante para usted.

Noble leyó la noticia, que Florencia misma se encargó de señalarle. Tal fue la impresión del joven, que hubo de apoyarse contra la pared para no caer al suelo desvanecido. Florencia, aunque era una niña, le miró con una mirada de mujer, amorosa, soñante y acariciadora. Se acercó a él, emocionada de verle tan triste y tan pálido, e hizo un gesto como para acariciarle, y le dijo en voz suave, blanda y maternal:

—Pero no va usted a suicidarse por eso, ¿verdad?

Luego le cogió una mano, como para acompañarle a su casa, tal que si fuera una persona desvalida y necesitada de protección. Noble la miró detenidamente, y su pena tuvo un infinito consuelo.

SENTA PARTE

A las pocas noches, como Julia se encontrara otra vez, en casa de su amiga, con Cram, le llevó nuevamente a aquel rincón del jardín que le había parecido tan romántico, exclamando allí, con un entusiasmo que su acompañante no compartía:

— ¡Qué hermoso es esto!, ¿verdad?

Friamente contestó Cram:

— ¡Hermosísimo!

Luego, para que la conversación no tomara giro que no le convenían, añadió con la misma frialdad:

—Me ha sido muy grato hablar con usted aquí en Chicago, lo que ya habíamos previsto allí en su pequeña ciudad.

Julia agradeció este cumplido, sin notar su frialdad, y quiso llevar la conversación precisamente al tema que Cram no quería, o sea, al de su imaginado compromiso matrimonial, del cual nunca había hablado ni una palabra, y del que todo se lo había forjado, a su capricho, la reineta de provincia, sin darse cuenta de que allí no corrían las cosas como en su pequeña ciudad.

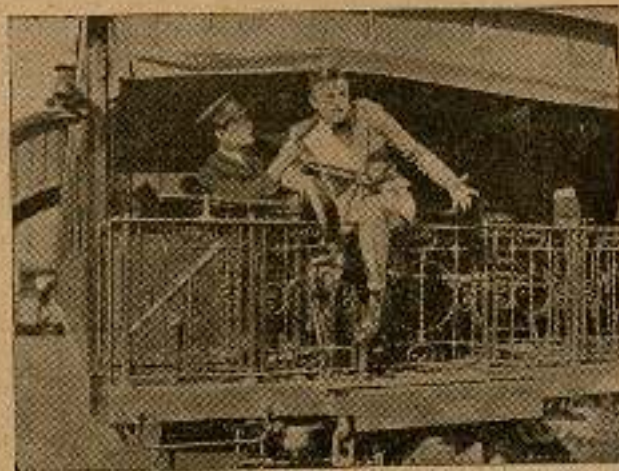
Al ver el derrotismo que iba a tomar la charla de Julia, Cram se puso en pie y exclamó:

— ¡Caramba! ¡Por poco se me olvida! Tengo que

ir a recibir a una persona a la estación, dentro de un cuarto de hora...

Y se marchó a escape, como huyendo.

Entretanto, en la pequeña ciudad, Noble guardaba cama, desde que supo la noticia del probable casamiento de su amada.



Una de las tías de Julia, paseando, al pasar por la puerta de la casa de Noble, como encontrara a la madre de éste, le preguntó:

—¿Cómo sigue Noble, señora Bill?

—Hace dos días que ni come ni duerme... No le dejo salir de la cama... porque me parece que tiene fiebre... Tal vez la causa de su enfermedad no tenga remedio.

La tía de Julia entró a ver al enfermo y, para consolarle, le dijo:

—Bien mirado, Bill, comprometerse no es casarse...

—En efecto, no es lo mismo una cosa que otra... Mas para mí todo es igual... Me iré de esta ciudad para no volver más.

No supieron qué decirle que le consolara... Tan grande era su amor.

En Chicago, Cram, al llegar a la estación, abrazó a una mujer que bajaba del tren, diciendo al mismo tiempo:

—¡Cuánto me alegro de tu regreso, mujercita mía! No tienes idea de lo que me he aburrido teniendo que agasajar a todas horas a esa provincianita, y hasta dejar entreeve que podría casarme con ella, que era lo que esperaba y lo que creo que ha mandado decir a su familia.

—No te pese: repuso aquella mujer, que era una mujer de presa— si al fin consigues que su padre te firme el contrato que nos interesa. Si alcanzamos eso, se pueden dar por bien empleados todos los honores que le hayas hecho, tanto cuanto fliste a su pequeña ciudad como aquí. Y no habría estado de más, en último extremo, que le hubieras hecho creer más aun en un probable casamiento.

Si la hubiese visto a ella vacilante, no habría tenido el menor reparo; pero era ella la que siempre quería hablar de esto. Hubiera sido una cosa peligrosa comprometerse demasiado.

Si Julia hubiese sabido todo este plan, ¿cómo habría llorado! A los pocos días, sin embargo, empezó a darse cuenta de que allí en Chicago no era una reinécita ni nada parecido. Se percató de que Margarita no era tan cordial como ella esperaba; se dio cuenta de que Cram no iba ya casi ningún día a verla, y de que cuando iba se mostraba frío y ceremonioso. Todo esto le hizo leer muchas veces la última carta que había recibido de Noble, cuya car-

ta, que era la que había echado al cuerpo momentos antes de saber la fatal noticia, decía:

«Los demás no te echan de menos tanto como yo. Me consta que no. Y cuando vuelvas aquí te diré por qué. Regresa pronto. Siempre tuyo, Noble.»

—¡Noble! ¡Pobre amigo mío! ¡Tú eres el único que me quieres!—exclamó Julia leyendo por centésima vez aquella carta. Y decidida, con un gesto de los suyos, gesto de reina, dijo a su amiga:

—ECHO DE MENOS A MI FAMILIA... y me marcho hoy mismo.

A poco, partió para su reino... pensando en que no debía haberlo abandonado nunca.

Al llegar a la estación vio, dentro de un coche de otro tren que iba a partir, a Noble, que hablaba con una mujer. Aquella mujer decía al joven:

—Te estoy muy agradecida, Noble, por haber venido a despedirme.

Julia los vio a ambos. Y como encontrara, esperándola, a todos sus antiguos admiradores, les dijo:

—¿Por qué no me escribieron diciéndome que Noble se iba a casar con Nellie Smith?

—¡Pero si Nellie con quien se ha casado ha sido con Frank Ferber!

—¿Pues cómo es que está Noble hablando con ella?

—Sin duda es que marcha en el mismo tren, pues desde que supo que te casabas se hizo el propósito de abandonar nuestra ciudad.

Julia corrió a la ventanilla cerca de la que estaba Noble, y le gritó:

—¡Noble! ¿Vas a marcharte precisamente cuando te venido de Chicago para verme?

—¿Para verme? ¡Tú, Julia? ¿Para verme a mí? Pero si yo creí que ya estabas a punto de casarte...

—Mi pretendido noviazgo con Cram fué una ho-

rrible equivocación. A nadie he querido nunca sino a ti, Noble, mi querido Noble...

A poco, en la casa, abrazándose ya, como prometidos formales, dándose encendidos y apasionados besos, Noble, enamorado ferviente, y Julia, reinécita soberana de su corazón, se prometían eterna felicidad, pues que era un amor verdadero el que los unía.

Y Florencia, viendo todo aquello, con pena en su alma de niña, aunque gozosa por otra parte de ver que Noble iba a ser feliz, exclamó para sí:

—¡Ahora tendré que buscarme otro ideal!

FIN

SI ES USTED AFICIONADO A LAS BUENAS
LECTURAS, COMPRE SIEMPRE

La Novela Femenina

que se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes

En las páginas de LA NOVELA FEMENINA encontrará narraciones sentimentales, amorosas, trágicas y de misterio, debidas todas ellas a la pluma de ilustres escritoras.

La Novela Femenina

está únicamente escrita y dibujada por mujeres, pero esto no quiere decir que sean sólo mujeres las que puedan y deban leerla. El interés y emoción de sus novelas, cuidadosamente seleccionadas para el público, hacen que su lectura agrade lo mismo a las mujeres que a los hombres.

En LA NOVELA FEMENINA colaboran las más ilustres escritoras españolas y extranjeras, tales como Víctor Catalá, Blanca de los Ríos, la Condesa de Pardo Bazán, Concha Espina, Sella Casanova, Carmen de Burgos «Colombina», Guy Chantepleure, Florencia L. Barclay, Henry Greville, Selma Lagerlöf, Magda Dumas y otras no menos conocidas.

La Novela Femenina

se vende en los kioscos de periódicos, en las bibliotecas de las estaciones y en las librerías al precio de

25 CENTIMOS

Si no la encuentra en la localidad donde reside, pídale, enviando su importe en sellos, a Publicaciones Mundial. Apartado 925, Barcelona.